

dad, que nunca fué española en sentido de atontamiento, sino francesa, como francesa es la voz *imbécil* por *tonto alelado*, por más que campen ellas hoy en papeles de muchos apellidados escritores castizos.



VIII

GER.—¡Qué vergüenza! Cuando me vienen á la memoria los dislates de castellano publicados en los principios del siglo XIX, después de los malogrados sudores de Capmany y Garcés, se me hiela en las venas la sangre. Dejemos á un lado el *Mercurio histórico y político*, «publicación mensual traducida del francés, que principió á correr en Madrid desde el año 1738, y en la cual, según afirmaba D. Juan de Iriarte, difícilmente se hallaría una línea puesta en buen castellano», como lo testificó Hartzenbusch en su Prólogo al *Diccionario* de Baralt. Tantos desatinos aparte, ¿qué diremos del *Semanario erudito* publicado por Valladares de Sotomayor en 1787 hasta el año 1790, continuado después en 1816 por el mismo Valladares con el renombre de *Nuevo Semanario erudito*? Desflorada yace en él la castidad de nuestro idioma. La mortífera levadura del gali-

cismo avinagró toda la masa del lenguaje, de manera que las alteraciones y corrupciones iban en aumento al compás de los años, como lo demuestra la traducción del discurso del abate Maury, que encabezaba el tomo primero del *Nuevo Semanario*. Quede en silencio el *Memorial Literario*, centón de vilísimas traducciones: al paso que la lengua francesa iba enriqueciendo su caudal con voces flamantes, con escritos aliñados, con la fama de escritores repulidos, á ese mismo paso, despertada en los españoles la emulación de la nombradía extranjera, en vez de cultivar ellos con ahinco la lengua patria, diéronse á traducir del francés, á levantar el francés sobre el cuerno de la luna, á coger á puñados la francesa mies para trasladarla á las trojes españolas y repartirla en manos de papel por las provincias del reino. Dejádme, hijos, que por un rato escandalice vuestros oídos con los garrapatos del *Mercurio de España*. «Lo más distinguido de Florencia ha tomado parte en esta creación» (Junio de 1820, pág. 175); «las escuelas parroquiales están bien organizadas» (Ib., p. 179); «los amantes de la humanidad no dejan de saberlo» (Ib., p. 181); «disponer de recursos más abundantes» (Ib., p. 182); «el rey se ha ocupado de todos los medios propios» (Marzo 1817, pág. 177); «verificar la entrega del plazo vencido» (Ib., pág. 239); «se prestó el ayuntamiento á ceder la isla» (Agosto 1815, pág. 196); «cuyo objeto se propone

la Prusia en varias providencias» (Ib., p. 151); «los géneros pasaban al extranjero por el mar» (Dic. 1815, pág. 254); «los infrascritos tienen el honor de exponer lo siguiente» (Enero 1817, pág. 31); «sin que resulte perjuicio al rango de cada uno» (Sep. 1816, pág. 27).

GAM.—No se canse v. m. Afloje al arco la cuerda. Bien conocemos en el retintín de la voz los dislates del *Mercurio*. Gran descalabro había padecido la lengua en la entrada del siglo XIX.

NEAN.—Los *conquisteros* estarían de nora buena.

GER.—A mí lo que me saca de tino es la hazañería siguiente. Un articulero del *Mercurio*, á vista de un libro detestable por sus formas agabachadas, entra á deshojar sobre él las flores que vais á oír, dignas de coronar al mismísimo Apolo. «Escrita, pues, toda la obra con lenguaje tan puro, con tan delicado, gracioso y aun sublime estilo, no desdice la expresión del autor, y aun se hermana muy bien con los muchísimos y bien escogidos ejemplos de los maestros y modelos de la elocuencia castellana, que entreteje en el discurso formando un todo perfecto, instructivo y sumamente agradable» (*Mercurio de España*, Sep. de 1815, pág. 459).

GAM.—Echo de ver, D. Geroncio, que el ducho elogista no comete incorrecciones en todo ese párrafo altisonante.

GER.—Es mucha verdad. Mas, ¿quién te

asegura que, á dar un paso más, no viniere al suelo con carga de galicismos? Porque los galiparlates, si no tropiezan á cada puntapié, es por casualidad, que de suyo se van al tropeza-
dero, como quienes no distinguen la tierra firme del limo cenagoso.

NEAN.—Ofréceseme al magín, si bien otros cortarán la hierba más baja, que puesto caso que el articulista del *Mercurio* dió celebridad con su aplauso á una obra atestada de incorrecciones, las cometió él garrafales con hacérselas suyas propias, aunque en el loarlas anduviera correcto.

GER.—Chispa tiene el Neanisco. Con piedra blanca puedes, hijo, señalar este día por tu agudo sentir. Al fin es cierto que, quien alaba lo malo, es visto consentir en lo alabado. Hoy, por tu crítica censura, te hago gracia de cuantos disparates has dicho contra la lengua española, con tal que tengas ojo á no repetirlos; que un muchacho como tú primilla merece.

GAM.—¿Qué indulgencia me otorga v. m. á mí si acierto á desenconar el corazón resentido?

GER.—¿Resentido de qué, de envidia?

GAM.—No, señor, sino de la falta de justicia. Sacaré de lo expuesto por v. m. mi razón. ¿No le parece á v. m. contra los fueros de la justicia el proceder de aquellos críticos (llamémoslos así, pues ellos ese título se echan encima) que, por hacer la mamola á ciertos escritores amigos de pulir el lenguaje con florida

elocución, aunque se les deslicen los pies en manifiestos galicismos, me los encumbran desmedidamente cual si pudieran ponerse hombro á hombro con Granada, León, Cervantes, Sigüenza, Mariana, llamándolos á boca llena escritores castizos, cuando hay tanta diferencia de ellos á los clásicos como de la sombra á la luz?

GER.—No alargues más tu razón, hijo, que en premio de tu buen discurso, dejando para luego la prosecución de él, te voy á contar una historia que parece fábula; os dará á entrambos grandísimo placer, demás de venir como nacida para las circunstancias de hoy. En el año 1805, cien años ha cabales, se le antojó á D. Nicolás Pérez, llamado el Setabiense, antiguo catedrático de la Universidad de Valencia, denigrar el *Quijote* afrentosísimamente, estampando el *Anti-Quijote*, con «observaciones (así las llamó) que manifiestan á todas luces los extravíos en que ha incurrido el famoso Cervantes en la historia, cronología y geografía; observaciones sobre los defectos en su estilo; observaciones sobre proposiciones falsas, historias equivocadas; observaciones sobre caracteres ridículos con que se pintan algunos personajes de esta novela; observaciones, en fin, sobre otros diferentes puntos, y que sin duda deprimen en algún modo la excelencia de esta novela, acaso creída hasta aquí como un modelo perfectamente acabado.»—«He aquí, añade, el censor, una empresa importante á la literatura y venta-

josa á nuestros conocimientos: manifestar el error para que se desprecie, referir los desvaríos del entendimiento humano para desecharlos.» Si queréis, hijos, aseguraros de la verdad de lo dicho, por increíble que os parezca, acudid al *Memorial Literario*, año quinto, tomo tercero, pág. 163, donde hallaréis las palabras textuales que os acabo de alegar. Los escritores del *Memorial Literario* no dejaron de notar los vicios de locución y retórica que contenía el *Prospecto del Anti-Quijote*. Aquí llovieron protestaciones fervorosas de los cervantistas contra el pedante Setabiense, como la que leemos en la página 220, donde campea el elogio más cumplido que los literatos extranjeros habían hecho de la obra de Cervantes; como la que viene después en la página 285, en que otro censor (A. D. M.) deshace una por una las observaciones críticas del *Anti-Quijote* con fina sátira, acompañada de chistes agudos y sabrosos. No quiero privaros del gusto que tendréis en oír cómo despacha lo tocante al estilo, hablando á lo socarrón, en tono de burlesca ironía. «El estilo de Cervantes es desigual á todas luces. Unas veces es grave, otras festivo, tan pronto popular como sublime, filosófico como ventero, soberbio como humilde, dulce como salado, aldeano como palaciego; en fin, él es tal y de tal manera, que con la misma facilidad suspende que regocija y hace reír como entristecerse. Fáltanle aquellos atrevidos altibajos que aturru-

llan la inteligencia de los lectores, huele á rancio español desde una legua, le faltan mil vocécitas peregrinas que significan lo que se quiere, fáltale aquella media tinta francesa que da tanta gracia á los escritos de ahora y fáltanle muchas cosas á la manera del día, y por cada cual de aquellas cosas que le sobran y de estotras que no tiene, caten vs. ms. un defecto.»

GAM.—No es mala púa ese censor del Setabiense. En vez de los desvaríos agazapados en la historia de D. Quijote, lo que hace es poner de manifiesto sus infinitas lindezas. No me gusta aquella *manera del día*, en vez *del día de hoy*. Tampoco me suena bien aquel «*tan pronto popular como sublime*».

GER.—No extrañes, hijo, en escritores del siglo XVIII esas y otras mayores majaderías.

NEAN.—No parece sino que al tal Setabiense debió de cargarle el ver la fama del *Quijote* tan universalmente extendida, sin que la variedad de las naciones, ni la diferencia de costumbres, ni el curso de doscientos años hubiesen bastado á obscureer el vivísimo resplandor de sus bellezas. Pensaría él sin duda que, apuradas ya las voces laudatorias en su obsequio, trillada ya por tantos la senda común, tocábale á él echar por camino contrario, rebajando el talento del inimitable novelista con especies nuevas, con que llevarse las atenciones de toda la humanidad.

GAM.—Batacazo se llama, hijo, ese final

tuyo. La *humanidad* no es el *humano linaje*, ni el *género humano*, ni el *linaje de los hombres*, sino la naturaleza y condición de cada individuo. Mas con todo, admito de buen grado tu opinión acerca del estafalario antojo del tal Nicolás Pérez, porque si no fué por prurito de singularizarse, apenas se entiende cómo se le pudo ofrecer censura tan ridícula cuan infundada. Mas de ahí colijo yo, señor, una consecuencia que aflige el ánimo. Porque si eso que v. m. nos ha contado pasaba en el año 1805, á saber, en el segundo centenario del *Quijote*, clara cosa parece que no se festejaría á la sazón, y que por consiguiente este año de 1905 es el primero en que se celebra por primera vez la centenaria memoria de la impresión quijotina.

GER.—Así se infiere de todas las Revistas que yo he leído, en particular del *Memorial Literario*, donde se contiene la fantástica opinión del soñador de Játiva. No he podido husmear por ninguna parte la celebración del segundo centenario: demás de que no había cundido aún la manía del centenariar. Pero yo sacaría de ahí otra consecuencia que te debería llenar el alma de contento. Porque (dado que sea gozo de á media talla para mí por los sinsabores que trae) el contento del presente centenario te ha de templar á ti el desplacer de la omitida centenaria celebración. Según vamos viendo las cosas hoy, ¿no te das por bien pagado de los obsequios, demostraciones, cortesías, honras y

acatamientos que han hecho los españoles á la memoria del insigne escritor, sin regatearle medallas, lápidas, instituciones, certámenes, fiestas, estatuas y cuantas señales de estima suele el mundo tributar á los más afamados héroes? ¿Cuándo levantó á otro escritor á tanta alteza? Bien haya quien sin reparar en puntillos puso en zancos á nuestro Cervantes. Ningún siglo se mostró tan venerador suyo como el nuestro. ¿Pues tan vivas demostraciones no vienen á la medida de tu gusto? ¿No se te hace agua la boca de sólo imaginarlas, cuanto más de verlas por vista de ojos?

NEAN.—Vamos, Gamantes, que á D. Geroncio se le está regalando el alma con los presentes regocijos, cáesele de placer la baba; bien podemos congratularnos con los modernos de la justicia que saben hacer al ingenio de Cervantes. El año 1905 es el año de la reparación. Hoy se resarce lo perdido, hoy se canta la palinodia, hoy se hace libro nuevo, hoy se despican los literatos de los descuidos de aquellos galiparlantes, que fríos se mostraron á cuál más con el autor ingenioso del *Quijote*.

GAM.—Ese á cuál más me desazona, Neanisco. Yo no sé de dónde le han sacado los modernos; no le conoció la venerable antigüedad. Cuervo admite esa forma de decir, alegando por ella á Jovellanos, á Iriarte, á Bretón, al Duque de Rivas, á Valera, á Martínez de la Rosa, á Quintana, á Cadalso, á Moratín, á Gil

y Zárate, á Clemencín, el cual, porque aceptó también la locución *á cada cual más*, hubo de recibir de Cuervo el palmetazo de *corruptela inaceptable* (Diccion., t. 2, pág. 619). Sin ella me pasará yo; una higa para todas esas novedades; por ellas, ni un clavo se me da. Pero muy de gana agradezco, Neanisco, tus corteses expresiones. Ojalá los desagravios de hoy sean sinceros, de corazón, perdurables.

GER.—No sé si tristeza ó consuelo os dará, hijos, la resolución de aquella Academia de hombres instruídos de que nos habla *El Censor* en su tomo 4.º, año 1782, discurso LXXX. Os la quiero leer al pie de la letra: «Atento á que la *Historia* del famoso Don Quijote de la Mancha, aquella obra tan celebrada y aplaudida hasta aquí por los hombres más sabios de todas las naciones, y que ha merecido ser traducida á todos los idiomas de los pueblos cultos; aquella obra que doctos é indoctos leían hasta ahora tantas veces, y con un deleite siempre nuevo; aquella obra en fin, de la cual decia Saint Euvremond (aunque *Transpirenaico*, y enemigo por consiguiente de la literatura española), quisiera mas haber sido Autor, que de cuantas habia leído en toda su vida: atento digo, se ha descubierto ahora ultimamente, haber sido escrita muy de prisa, y haber el envidioso Cervantes atendido en ella más á desahogar sus resentimientos particulares, que á la instruccion de sus lectores; y respecto, es preciso que este

no esperado descubrimiento, deshaciendo la ilusion de que tantos hombres grandes se dejaron llevar, haga un vacío terrible en la gloria literaria de la nacion española; por lo que es de esperar, que, segun es el celo de que está animado por el lustre de su patria el inmortal autor de semejante descubrimiento, quiera llenar este vacío, escribiendo otra *Historia* más despacio y desapasionadamente: fue tambien resuelto proponer á Vm. una subscripcion para la magnífica edicion que de ella debe hacerse, luego que esté concluida. Solo me resta, para evacuar mi comision, ofrecer á Vm. los respetos de mi tertulia.»

GAM.—No gasta mala prosa ese tertulio, si quitamos la frase *hacer el vacío* en la acepción francesa y algunos giros afrancesados. Pero cuanto á la substancia de la resolución, lo que hace es decir mal del anticervantista debajo de la buena sombra de Cervantes, pues alaba por ironía su temeraria pretensión, encomendándole otra Novela que llene el vacío del *Quijote*.

NEAN.—Entrar á velas desplegadas alabando al que otro pretende destruir, por fisga bien pesada lo tengo yo.

GER.—Con todo eso, es muy de advertir, hijos, que cuando la tertulia de estos literatos proponía tan á regañadientes, en forma de burlasca determinación, la guerra contra el anti-quijsotismo, no serían pocos los anti-quijsotes, como el de Játiva, ni lerdos, ni zurdos, que con

su maligna mordacidad pudieran ocasionar algún cuidado, si no se atajaban presto sus dentelladas, haciendo les saliese al gallarín su hambre canina. No es mucho que en aquella razón se levantasen algunos moledores que, con sus rezungos intempestivos, trataran de esparcir rumorillos contra el bien asentado crédito de Cervantes. Que la lengua española había por este tiempo dado grandísima baja, no se puede poner en duda. Testigos los *Ensayos para la historia de las ciencias y artes*, obra traducida con harta fidelidad y corrección por el mercenario P. Fr. Pedro Rodríguez Morzo en 1764. Cuando al predicador se le encarga «destierre toda impropiedad de frases, de conceptos pueriles, de voces groseras (pág. 125); señal clara es que andaba de pie quebrado el lenguaje castizo, como lo demuestra con más claridad el *Espíritu de los mejores diarios literatos que se publican en Europa*, 1787, revista sembrada de galicismos desafortunados.

NEAN.—Siquiera algunos escritores, como se ve, buscaban el mejoramiento del estilo.

GAM.—Mejoramiento no, pues ninguno aspiró á perfeccionar. A lo sumo contentáronse con guardar como oro en paño lo castizo de la lengua, procurando algunos de su parte no padeciese detrimento su integridad.

NEAN.—¡Qué tiempos, señor! Milagro de Dios fué el no irse toda ella al traste. ¡Cuidado con la galiparla!

GAM.—Ese *cuidado* admirativo es impropiedad moderna. Los antiguos decían ¡*Cuidado!* cuando querían avisar, no para excitar admiraciones.

GER.—Muy de capa caída andaba la lengua en aquellos desdichadísimos tiempos; yo no creo que las inteligencias españolas lo pasasen mejor. Tenemos de esta verdad por testigo fiel al autor anónimo de la *Disertación acerca del castellano*, impresa en 1793. «Adulterado de estas y de mil maneras más, dice, el habla en el trato civil y público, corrió la contaminación á contaminar los libros, medio seguro de pervertir las generaciones venideras, y para ello encontró lindísima oportunidad en la misma constitución humana. El hombre odia el trabajo por naturaleza, y ni aun pensar quiere cuando sabe que otro ha pensado por él. Por eso ha medio siglo que España alimenta sus prensas con pensamientos ajenos, y que se ha vuelto una nación de traductores. Al que le parezca ponderación, presentaremos la *Biblioteca Periódica* de cuanto se da á luz desde 1784, y en esta menudísima recolección, que abraza hasta la *Lista de los Cómicos* (con notorio agravio de la *Papeleta de Toros*, de que se hacen más ediciones), se hallará que, montando el total de sus artículos á obra de unos 1.786 números á toda broza, hay buenos 513 de traducciones. ¿Y oriundos de nuestros talentos? Libros dignos de tal nombre... no quisiéramos decirlo, mas

no llegan á la centésima parte; y es notable que de cada año van creciendo aquéllas y mermando éstos, subiendo la traduciomanía á ocuparse en Novenas de Santos, de que acaso tenemos originales más que todo el cristianismo» (Disertación, § XXIII, pág. 177).

NEAN.—No me parece sino muy buena obra la de traducir. ¡Cuántos varones doctos no emplearon en esa ocupación sus vigiliás!

GAM.—Especialmente, como decía el célebre Garcilaso, «siendo á mi parecer tan dificultosa cosa traducir bien un libro como hacerle de nuevo.» Acrecentaba el autor del *Diálogo de las lenguas*: «Creo más difícil traducir en castellano que en otra lengua, porque siendo así que la mayor parte de la gracia y gentileza de la lengua castellana consiste en hablar por metáforas; atándose el que traduce á no poner más que lo que halla escrito en la lengua que traduce, tiene grandísima dificultad en dar al castellano la gracia y lustre que escribiendo de su cabeza le daría.»

NEAN.—Ahora digo que los que estaban ayunos del castellano no podían sacar sino detestables traducciones, dado que entendiesen la lengua francesa.

GAM.—No es maravilla. Tampoco lo fuera para mí el pensar que al paso de aquellas traducciones pícaras y endiabladas no había de quedar en contados años asomo de lengua española, si no tomaba sobre sí la Real Acade-

mia la carga incomportable de atajar mal tamaño.

GER.—No quisiera yo, hijos míos, turbar vuestra inocente satisfacción. Pero la verdad de las cosas me obliga á pedir licencia para desabrochar con vosotros el pecho. El *Memorial Literario*, en el tomo 3.º del año segundo, que fué el de 1802, pág. 83, ofrece una noticia tan lamentable cuan desastrosa. Hela aquí, palabra por palabra: «Un subscriptor de provincia que cultiva la poesía con agrado y feliz suceso, nos ha remitido los siguientes versos:—*Entusiasmo poético sobre la ruina de la lengua castellana: el segundo cuarteto alude á los pocos que felizmente conservan la pureza de lenguaje, y el último terceto de algún modo á la turba de los escritores del día.*

SONETO

Cerca del Tajo, en una selva umbrosa,
Las ninfas juntamente y los pastores
Esparcen tiernas y olorosas flores
Sobre una ninfa muerta, pero hermosa.

Brillan aún en su tez, como en la rosa
Que ha marchitado el sol con sus ardores,
Ciertas gracias, que han sido superiores
Al rigor de su suerte deshonrosa.

Una ninfa apoyada en la corteza
De un ciprés, cual su rostro contristado,
Con estas letras su dolor explaya:

«...Troncos, aunque incapaces de terneza,
Mostradla aquesta vez, pues ha espirado
La lengua castellana, que Dios haya.»

No dice más la Revista, ni media palabra añaden los revisteros.

NEAN.—Blanco te pusiste, Gamantes, como un papel, del susto, arrugaste la frente, arqueaste las cejas, plegaste las narices. Yo como de piedra me quedé á la lectura del tal Soneto. ¡Qué disparatado!

GAM.—A mí lo que me dejó sin sangre fué la flema de la Revista. Plántame los versos con toda la sarta del rótulo, y al fin ahí va eso, sin decir chus ni mus. Cual si fuese anuncio de rábanos. ¡Hay tal barbaridad! Pues si ha muerto, que la entierren.

GER.—¡Oh almas inocentes! ¡Oh candorosos mancebos! ¡Qué pronto se os hiela el alma! ¿Tan nueva se os hizo la noticia? A mejor viso, no la hubierais extrañado.

GAM.—Pero D. Geroncio, ¿tan perdida andaba la lengua á principios del siglo XIX, que estuvieran á punto de doblar por ella? ¿Tan de repente la decrepitud agostó su vida, que quedase yerta del todo? Porque si los escritores de aquella sazón (en mal hora llámalos *escritores del día*, por *escritores de hoy ó del día de hoy*), que usaban lenguaje incorrecto, formaban turbamulta en comparación de los poquitos que aun conservaban pureza de dicción, fuerza es confesar que el veneno de la galiparla había salpicado y desgaldido la pompa de la más rica lengua del mundo. Cosa extrañísima, afrentosísima, lamentosísima si la hay.

GER.—En el mismo año 1802, dando cuenta de un drama francés traducido en romance,

dice así la citada Revista, pág. 125: «El traductor parece ser el corifeo de cuantos han estropeado el castellano con las traducciones que se han presentado este año último en el Teatro de los Caños.» Después añade, por ejemplo de galiparla, haciendo irónica burla: «*Me hace ir al teatro y á las tertulias sola con el joven en cuestión: ¡pobre mozo, y qué atormentado iría! Forma un apunte fiel de todas sus acciones. Pido á v. m. mil perdones, mi querido vecino; pero es preciso que me dé v. m. la hospitalidad algunos instantes, porque en mi casa no hay nadie. ¡Este sí que es bonito modo de hablar! Parece-me oír decir á un recién venido de París: *Je vous demande mille pardons, mon cher voisin; mais il faut que vous m'accordiez l'hospitalité pour quelques moments, car chez moi il n'y a personne.*» En el año quinto de la dicha Revista, núm. 26, hablando de D. Vicente Rodríguez de Arellano, dice así: «No sabemos positivamente si el señor de Arellano ha traducido literalmente del francés sus anécdotas; pero si no lo ha hecho, al menos las ha presentado al público con un lenguaje bien poco castizo, y con un estilo y unas frases en todo semejantes á las de tantas y tantas traducciones» (pág. 341). Finalmente, por no desazonar vuestro sufrimiento, en *Los eruditos á la violeta*, obra escrita por D. José Vázquez en 1782, entre otros párrafos, leemos: «En cambio nos ha hecho recibir la señora moda otras voces que no las en-*